

Trabajo Doctorado : Reflexiones acerca del texto : *“La magia de educar en casa. Razones de amor”*

Profesor : Antonio Ruz Arboledas

Curso : La Orientación Educativa Teoría y Práctica.

Alumno : Alex Droppelmann Petrinovic

Lo leído en su libro suscita muy distintas reflexiones, de tipo y estilos muy diversos.

De los diferentes aspectos de la oferta de su libro voy a enfatizar e incursionar en el que dice relación con esto de ser sujetos de lenguaje.

Desde allí voy a intentar instalar una mirada transversal de los conceptos de autoritarismo, palabra y mundo interno o afectivo.

Mirada que se ejemplificará a partir del relato de un cuento y dos viñetas clínicas apelando a poner en acto aquello que usted refiere acerca de la creatividad.

Habría que destacar que gracias al estilo no autoritario y flexible de su invitación a la reflexión, se hace esto posible.

Un cruce peculiar entre las marcas de un estilo autoritario, al que se refiere en las definiciones explicitadas al inicio de su libro , (específicamente en el Capítulo I referido a “Las prácticas educativas”) y el advenimiento hacia un lugar de cierto menoscabo en lo simbólico, se puede ilustrar en la historia de un cuento y dos viñetas clínicas que expondré a continuación, las que dan cuenta de las consecuencias en el mundo interno de los involucrados.

El concretismo en el lenguaje, la inhibición y la falta de confianza en la magia del significante se puede establecer de muchos modos distintos, en una causalidad casi directa con las prácticas autoritarias de la educación y/o formación.

En el primer caso me refiero al autoritarismo como sostén de la vertiente concreta del lenguaje. El autoritarismo al servicio del concretismo en el lenguaje.

En el segundo caso propongo la lectura de cómo un autoritarismo en relación a la palabra del otro, genera algo así como una falta de confianza en el significante .Una decepción respecto de poner a la palabra en la escena. Ausencia de palabra que facilita y favorece conductas sostenidas en actos, en desmedro de los actos

sostenidos en palabras; o en su defecto en la inhibición del habla y en ciertos casos, en un mutismo selectivo.

En el primer caso hay un supuesto teórico acerca que a un significante le corresponde un significado en particular. Lo simbólico no está presente en el lenguaje.

En el segundo caso aunque se entiende la premisa Saussureriana acerca que un significante sólo cobra un significado en relación a otro significante y por ello suscribe la vertiente simbólica de la lengua, el autoritarismo borra la palabra del otro. Es decir lo simbólico existe pero sólo puede venir de un solo lugar, el de la autoridad.

El primero de ellos tiene que ver con mi propia historia, la segunda está referida a dos casos clínicos de mi práctica.

Autoritarismo y lenguaje concreto. Ausencia simbólica

Yo cursaba primero básico en el Colegio Alemán de mi ciudad. Lo hacía a medias sostenido en el prestigio de dicha institución, que se fundaba en los mitos de la laboriosidad y del éxito laboral. También se sostenía en esos atavismos casi religiosos que se generan en los hijos de emigrantes respecto de la patria ausente. Mezcla de nostalgias e idealizaciones patrocinadas por la fuerza de los exilios y la ausencia.

Como todo niño de esa edad cargaba con un bolsón demasiado grande para mi tamaño como también para mis afanes por los textos y lecciones. Tan grande, que de poner tanta energía en portarlo podía extenuarme tan tempranamente que esto me hiciera dormirme demasiado pronto. El peligro que eso pudiera pasar radicaba en que me faltase el tiempo para hacer aquello donde yo me sentía más propiamente yo mismo (lo que a esa edad se va teniendo del Yo). Me refiero a soñar. A incubar sueños en el fecundo espacio de las fantasías . Esto era doblemente peligroso porque yo era un soñador.

En mi casa faltaban muchas cosas como suele ocurrir en una familia de padres separados. Entre otras el Padre. Lo que no faltaba era el sostén de una madre que se esmeraba en que no faltara la falta para de ese modo desear : desear soñar.

Hoy lo puedo decir con un cierto orgullo. De niño era y fui un soñador. Hoy me esmero en no dejar de seguir siéndolo.

El contexto escolar en cambio era de un concretismo del tipo de esos en que “ la letra con sangre entra”, como si la letra fuera una cosa. Cuestión que Freud desde muy tempranamente distingue con aquellos términos de Dingsvorstellung (representación cosa) y Wortvorstellung (representación palabra) a propósito de las re-presentaciones y el papel que ello juega en el advenimiento de lo simbólico, a partir de aquello que “la palabra se hace lengua”. **Es decir los hechos en este colegio valían más que mil palabras.** A esto se agregaba un autoritarismo severo avalado en el culto a la disciplina, el orden y el rigor. La autoridad era bien concreta. Se expresaba en algunos golpes que se disimulaban mal con el eufemismo alemán de Ohrfeige (Golpe en las orejas) . Que al fin y al cabo no sostenía metáfora alguna aparte de la distintividad idiomática. Ya que si uno se daba el trabajo de traducir era concretamente un golpe, en el mejor de los casos si la autoridad no fallaba, en las orejas.

Entre concretitud y sueños como muchos niños, yo pasaba mis rutinas del colegio.

Era un Lunes de mañana en que permeado aún por las fantasías de los juegos y los arrullos maternos del domingo , arrastraba mi bolsón con las dificultades de siempre, por los pasillos siempre demasiado llenos de un bus escolar que se arrastraba con similares dificultades con las que yo a mi bolsón.

Como era un bus bastante viejo no se podía evitar que ciertos calores del motor se filtraran a la carrocería lo que permitía en cierto modo pasar mejor el frío. Disfrutaba de ese ruido acunador y ese calor, por el que pagaba el precio de las emanaciones de un poco de gas carbónico mientras hacía el viaje al colegio.

Esa mañana soñaba con unos anteojos de inmersión que me había traído un tío de regalo, con los cuales yo suponía cuando mejorara el tiempo, me iba a sumergir en el mar de mi ciudad e iba a vivir enormes proezas.

De seguro esa compañerita de curso de ojos celestes y pelo color de oro que a veces me daba empujones en el recreo se impresionaría de tales aventuras y proezas.

El bus a pesar de sus esfuerzos, como de costumbre se demoró más de la cuenta.

La pequeña subida al colegio se le hizo insoportable.

Se demoró lo suficiente como para que a pesar de mis esfuerzos y porque no decirlo un genuino temor, yo llegase tarde a la entrada de la clase.

La puerta de clases estaba cerrada. Aún temblaba (o era yo quien lo hacía) de modo que pensé que tenía la chance de entrar.

Giré el pomo, golpeé la puerta con los nudillos de modo imperceptible y entré.

De golpe, como una premonición de lo que vendría después, me encontré con los ojos de la bruja de Hansel y Gertel que me miraban con violencia y desaprobación.

Gritaba y balbuceaba palabras en alemán que me costaba entender. Lo hacía con tal violencia e ímpetu que sus salivazos me bañaban la cara. Mientras más salivazos recibía más pensaba en mis antiparras de inmersión que llevaba en mi bolsillo.

Mis compañeros permanecían sentados correctamente en sus pupitres : pupitrificados. En el afán de humillarme, de someterme, de avergonzarme, (El orgullo era un don cultivable como lo ha sido para muchos alemanes de entonces), me exige que cuente enfrente de todo el curso los motivos de mi atraso. Me dice en un gesto de misericordia que si la historia resulta creíble y convincente me perdonaría los castigos. Hay que destacar que los castigos en este colegio se administraban de a varios. Eran siempre plural de modo de no caer en faltas de rigor o mezquindades de ningún tipo.

Me paré frente al curso y conté la historia de mi atraso la que consigno a continuación :

Yo había decidido llegar muy temprano hoy día. Antes de quedarme dormido aferrado a mis anteojos de inmersión que me habían regalado la noche anterior, me prometí a mi mismo cumplir con todos los deberes del colegio de tal manera, que apenas mejorase el tiempo, mi madre me llevara consigo a la playa para de ese modo poder sumergirme y mirar lo que no había podido mirar. (Algo así como mirar lo nuevo, la novedad, lo que me podía causar asombro). Me dormí pensando como podía ser sumergirse en una laguna y explorar su fondo y desplazarme por su extensión de un modo que las olas del mar me lo impedían.

Por eso, por que quería cumplir con el colegio, hoy me levanté de madrugada para venirme caminando , sin el bus y de ese modo no arriesgarme a los atrasos que se generan con ese bus tan viejo .

A esa hora suceden cosas muy especiales y distintas. Por ejemplo los sapos están despiertos y croan muy fuerte mirando la luna. A esa hora de la mañana los sapos cantan.

(mis compañeros asentían y se mostraban entretenidos con la historia).

De pronto un sapo se aparece frente a mí y me interrumpe la caminata. No saben cual fue mi sorpresa al darme cuenta que el hablaba y que yo le entendía.

Hablaba en alemán dije, quizás en un afán de lograr la empatía de la Tante.

Me dice que el tenía la facultad de transformarme en alguien tan pequeño como él por el tiempo que yo estimase.

Que si yo lo permitía podríamos nadar en su pequeño charco y con mis antiparras de inmersión podría descubrir mundos insospechados. Que después de esto podría contarle a mis compañeros acerca de dichas aventuras.

Yo tenía un poco de miedo pero también tenía muchas ganas de sumergirme y conocer ese mundo de aventuras que el sapo me proponía.

Porque lo del sapo era una propuesta.

Acepté y en un instante estaba al lado de el, quien podría creerlo, de su justo tamaño.

(Al fin y al cabo para conocer mundos nuevos uno tiene que cambiar, aunque sea de tamaño. Quizás empeequeñecer un poco la magnitud de su propio narcisismo).

Para tener amigos de verdad al parecer hay que tenerlos del mismo tamaño.

Los grandes son demasiado grandes como para que uno se atreva a ser amigo de ellos.

Esto al parecer le molesto un poco a la profesora ya que soltó algunos salivazos que alentaban más aún esto de sumergirme en un baño de mejor tipo.

En un gesto de audacia saqué mis antiparras y me las puse frente al curso con lo cual el interés aumentó ya que con certeza sabía que habría varios de mis compañeros que no resistían el deseo de probárselas.

Dejé con cuidado mi pesada bolsa al lado de la laguna (dado mi tamaño el charco había crecido), y me despojé de mi uniforme el cual apilé cuidadosamente al borde.

Tomamos impulso con este nuevo amigo al que le puse de inmediato un nombre.

Porque todas las personas tienen un nombre. Si un sapo habla es en cierto modo una persona y por ello capaz de escuchar un nombre. Le puse Froschi para seguir intentando recuperar una simpatía imposible de mi profesora que talvez podría empatizar con este neologismo de raíz germánica y de terminación latina.

Después de una corta carrera nos sumergimos con Froschi de un golpe.

Hay que decir con hidalguía que Froschi se desplazaba bastante mejor que yo, no sólo por su conocimiento de la laguna , sino porque era sin duda más hábil que yo.

Como todos los amigos que son mejores en algo el me ayudo a nadar y me acompañaba en todo momento, a veces alentándome, otras ayudándome directamente tomándome con su mano abierta de modo que yo me pudiese adherir a la membrana que los sapos tienen entre sus dedos.

Pensaba que esta referencia al saber podría salvarme de una paliza que a juzgar por la cara de la maestra se venía encima de un momento a otro.

Como Froschi quería ir más profundo me tuvo que prestar unos tubos de aire comprimido pequeñitos que me puse en las espaldas. Las antiparras no fue necesario que me las prestara ya que como han podido observar yo tengo las propias.

Con este equipo más apropiado llegamos finalmente al fondo.

Mi abuelo dice que tenemos que intentar siempre llegar al fondo de las cosas.

Cuando lo intento con el tarro de galletas de la abuela parece ser que ella no comparte tal sentencia.

De cualquier modo llegamos al fondo.

¿Que puede haber en el fondo?

Bueno, cualquier cosa que no está en la superficie.

Lo que allí había no era sino la casa de Froschi.

Esto ya era más de lo que creo la profesora podía soportar. De hecho ella podía soportar muy poco de todo aquello que escapara a lo que sus sentidos pudiesen corroborar.

Mis pequeños compañeros querían que yo continuara describiendo las vicisitudes de esta historia, de seguro porque ellos también imaginaban como podía haber sido la casa de una rana. Yo no los defraudé.

Describía con profusión, el tamaño de las distintas habitaciones, su ropero donde Froschi guardaba sus distintos pares de aletas, su traje de gala. (Ya que cualquier persona que se precie tiene un traje de gala). Sus corbatas de humita con franjas de distintos colores, en general su mundo que aunque se encontraba en lo más profundo del lago, en lo esencial se parecía tanto al nuestro. Al parecer lo que esta en la superficie en más de algo se parece a lo que esta más profundamente. Son esencialmente parecidos.

Describí con un acucioso detalle como fue nuestro desayuno con Froschi, la calidad de su té, sus pasteles de alga y todo eso. (Con sorpresa con los años al leer Alicia en el País de las maravillas me pareció todo tan familiar).

Finalmente relaté como me puse los pequeños tubos de aire comprimido, las aletas que me prestó Froschi, mis antiparras de inmersión para salir a la superficie y apresurarme para no llegar tarde al colegio.

Describí como recobré mi tamaño normal, como me puse mi uniforme y volví a tomar mi pesado bolso de útiles.

Fui explícito en destacar los esfuerzos de mi carrera, mis afanes e incluso mis culpas por retrasarme en llegar a clases. Recalqué lo importante que era mi Tante y otras oraciones para lograr su piedad. Al parecer demandé lo que ella no tenía y recibí de

pronto unas cachetadas en las orejas , las cuales al parecer hacían serie mientras los escupitajos cargados de intersecciones me gritaban : **mentiroso**.

Le balbucee que lo que yo acababa de contar era un cuento, pero eso sólo la hizo enojar más y volvió a gritarme **mentiroso**.

De seguro que ella no sabía que el lenguaje al fin y al cabo siempre sostiene una mentira, en esto de representar al mundo y por ello dejar algo fuera de lo real en aquello que representa.

Las palabras son en esencia mentirosas.

Esto si aceptamos que la lengua es el acceso a lo simbólico.

Para mi profesora sólo contaban las cosas concretas. Esto lo sostenía desde un lugar de autoridad irrenunciable. **Para ella los cuentos en tanto metáfora , no contaban.**

Afortunadamente, no sé si por una cierta capacidad de resiliencia, si por la dulzura de la voz de mi madre y una tía inolvidable que me leían muchos cuentos, si por otra maestra que más avanzado en primaria lloraba y se enternecía con los cuentos que yo escribía. No sé si por diferenciarme de la lengua que escupe las palabras, la cuestión es que yo me propuse contar cuentos para siempre.

No en vano mi oficio no es sino que el de escuchar las palabras de otro, alentando las metáforas y metonimias que este pueda construir para poder resignificar su síntoma y mitigar su sufrimiento.

...De Froschi no supe nunca más.

El segundo caso refiere más bien a dos viñetas clínicas distintas que aluden a la misma problemática. Son casos donde un excesivo autoritarismo de los padres, la aplicación de una ley radical y severa respecto del valor de la palabra en el otro termina silenciando todo acto de habla del hijo a pesar que este haya accedido en plenitud a todas las capacidades simbólicas de la lengua. De modo que en vez de actos de habla hay actos de puro silencio.

Autoritarismo e inhibición simbólica.

Viñeta N° 1(mutismo selectivo)

Se trata de un hombre de 57 años que en medio de su análisis, (donde el tema de la inhibición por verbalizar su deseo más nimio es un capítulo central), recuerda una escena de su adolescencia que le hizo marca durante los próximos ocho años y que al día de hoy, le impide manifestar su disenso o diferencia con su esposa y con otros significativos respecto de los deseos más insignificantes.

Yo le digo que al parecer el sostiene una consigna peculiar : **deseo y callo**.

La mortificación que lo aqueja tiene que ver con percibir hoy a los 57 años que su vida ha sido ceder continuamente frente al deseo del otro. Que muchas de las cosas que ha emprendido las ha dejado casi al término de su consecución al modo de lo que Freud mencionaba en esto de : “ aquellos que fracasan cuando triunfan”.

¿ que le impide conseguir lo que desea? De seguro una falta de confianza acerca que esto es posible. No ha podido realizarse ni en el amor, ni familiarmente, como tampoco lo ha podido lograr en el trabajo.

Esa ha sido su vida, una vida plana o de resignación de su deseo.

Acude al analista como un lugar posible donde el pueda hablar libremente de sus afanes y de sus sueños. Aquí nadie juzga, se interpone o contradice sus deseos. “Al menos aquí me siento libre “ , dice.

Tratando de escudriñar en las experiencias de su infancia, cuenta que para él las cosas cambiaron en un día determinado.

Después de varias sesiones podemos intentar la construcción de una historia, que al parecer marcaría de un modo determinado un cambio que lo afectaría en el sentido de su queja.

Ocurría que él tenía un padre tremendamente autoritario, muy exigente con el tema de la disciplina y escolaridad. El padre no sólo era autoritario con él y sus dos hermanas, sino también con la madre.

A ella la increpaba con bastante frecuencia por los más diversos motivos, ante lo cual ella asentía y callaba obedientemente.

Aceptaba más que lo que debía. Resignaba más de lo tolerable al decir de mi paciente.

Un día la madre, al parecer por un episodio de infidelidad del padre, en vez de callar se enfrentó a este en una discusión que subía cada vez más de tono e incluso alcanzó ribetes de violencia.

Ambos gritaban. El padre la insultaba y no la dejaba hablar. Mi paciente, por entonces un adolescente, intervino para dar su opinión para de ese modo mediar entre ellos con argumentos y un texto que le parecía podía ayudar a llevar las cosas a buen término.

Sorpresivamente el padre lo miró y le dijo: **"calla, tu palabra no tiene ningún valor, lo que dices o puedas decir en el futuro no cambiará nada"**.

El adolescente quedó perplejo, borrado, ninguneado de tal forma en que al modo de una maldición, conjuro o profecía : no dijo por nunca más una palabra frente al padre (que viniese desde si mismo), desde los 15 hasta los 22 años.

Hoy día no dice mucho más frente a él. Tiene hoy enraizada la certeza que no vale la pena (ni la dicha) decir palabra alguna frente al padre.

Durante siete años se sumergió en si mismo. No hablaba mucho con su madre y nada con su padre. En general no hablaba mucho con nadie salvo coloquios internos (soliloquios) que mantenía consigo mismo en un ámbito de retiro y soledad. "Tenía un enorme mundo interno, donde hablaba mucho conmigo mismo". De hecho ocurre que hoy, el tiene un lenguaje muy fino, elaborado y complejo que le permite ser un gran conversador.

Diríamos que el habla muy bien.

La cuestión es que no se sirve del lenguaje al decir de Jacques Lacan.

Menos aún para sostener en Acto sus deseos al nombrarlos.

Deseo y habla cohabitan en él apasionadamente para...callar.

Es un artífice de lo no dicho. Un escultor de silencios en lo que dice relación con su deseo.

Hoy, quizás en la escucha de si mismo que propician los análisis, ha podido tomar nota de su propio decir acerca de sus deseos más profundos. Se ha preguntado acerca que tipo de vida quiere llevar, a quién amar y como hacerlo, que hacer en su oficio, como convivir y establecer puentes de habla con las personas afectivamente relevantes para él, etc.

Ha perdido el hábito de callar reemplazándolo por el culto del decir.

Entendiendo quizás que la estridente voz de un padre esta vez no acallará la voz de su deseo.

La palabra del padre debe tener una valencia pero nunca al punto de silenciar la propia.

La cuestión no es la palabra del padre o ninguna. La palabra del padre debe ser la de una ley tremendamente humana, por ello incompleta, imperfecta y fallida.

La palabra del padre no puede ser la palabra de Dios, ya que a este se le reza, se le hacen ofrendas, pero si uno hablara directamente con él de seguro estaríamos en la psicosis.

La esencia del lenguaje es el hecho que la palabra circula entre nosotros ratificando la condición estructural de su fractura.

Es la diferencia que podría haber hecho de la escena relatada por mi paciente de lo no atendido, un acto de malentendido propio de la adolescencia.

Un padre que por no atender privó al hijo de mal-entender, constituye algo inentendible para la educación y el psicoanálisis.

En la consulta hemos ido entendiendo lo in-entendible intentado escuchar lo dicho a lo que no se atendió.

Mi paciente sabe al menos que yo lo atiende regularmente, intentando escuchar lo que se calla en lo que dice o lo que se dice más allá de lo que calla.

Al menos hoy día la consigna es: ***deseo y no callo aunque diga aún muy poco.***

Viñeta N° 2 (inhibición significativa).

Esta es la historia de un adolescente que acude a mi consulta por la dificultad que tiene respecto de poder hablar en distintas circunstancias. Particularmente le cuesta hablar ante su padre. Este, como muchos padres separados lo ve regularmente cada quince días donde le pregunta cosas rutinarias respecto de las cuales daría lo mismo lo que el dijese, en caso que fuera capaz de decir verdaderamente algo desde sí mismo.

Esta inhibición se desplaza a otras esferas de su sociabilidad haciéndose especialmente disfuncional con las muchachas y en el aula. En esta última sufre de verdaderos ataques de ansiedad si es requerido a hablar delante de sus compañeros.

“Me aterra hablar delante de los otros como si yo tuviese autoridad frente a ellos”.

La cura de este adolescente pasó por la escritura. Es decir, lo que no se puede decir directamente puede establecer esta segunda mediación de la palabra escrita. En el caso de él figuramos un artilugio que consistió en escribir una carta al padre y hablar de ella en las sesiones. Una carta que nunca fue enviada, pero que paradójicamente, como si fuese un verdadero instrumento del inconsciente, permitió que cada quince días el padre fuera tocando, (como si hubiese tenido recibo de ella), cada uno de los temas acerca de los cuales el hijo escribía. (Este caso como ejemplo de la mediación de la escritura, fue presentado en una Jornada internacional de psicoanálisis. Adjunto el texto como un anexo de interés para lo que aquí se expone).

El padre de este chico era oficial de marina. Como hijo de tal, de niño, este paciente al que llamaré Carlos, recibió una educación muy estricta. Los horarios y deberes se debían cumplir “militarmente”. Carlos vivía en una población naval donde los beneficios de los amigos y espacios comunes de juego permiten compensar la estrictez de la cual mayoría son víctimas en sus propios hogares. En el caso de Carlos se trataba más bien de autoritarismo.

En general (podríamos decir en capitán) a Carlos se le exigían cosas que nunca podía cumplir a cabalidad, por lo que nunca daba la “talla”, “la medida” de la exigencia del padre. Al decir del padre, siempre estaba con ***“anotaciones al margen”, señal de “faltas leves”.***

Pero al fin y al cabo era faltas leves, no muy graves, las cuales tampoco redundaban en castigos muy explícitos y directos.

Sólo era una recriminación continua donde su auto-estima se lesionaba permanentemente. Su auto-concepto era el de un chico común y corriente salvo en esto que él pensaba que le faltaba un poco más que a los otros. Esto de un modo genérico.

En casa era un poco más callado ya que a su padre no le gustaba ser contradicho.

Las ordenes era claro no se discutían.

¿Que hizo que Carlos perdiera la confianza en la palabra al punto de hacer síntoma en él?

Podríamos entender una cierta dificultad a poner la palabra en juego con su padre como le podría ocurrir a muchos adolescentes con figuras de autoridad muy severas. Pero en Carlos era más que eso. Era la incapacidad de sostener la palabra frente al

padre y por extensión a otros lo que lo mortificaba. Era lo no dicho pero sabido del inconciente en esto de **“ahogar la palabra”** según el decir de Carlos.

Era lo de ocluir una palabra no forcluída lo que a su vez ahogaba Carlos.

Una sensación de impotencia respecto del efecto que la palabra podía tener ante el otro.

Algo parecido a lo que nos ocurre cuando un policía decide cursarnos una infracción, que aunque a veces (las menos) la sepamos injusta, sabemos que argumentemos como lo hagamos nada podrá variar su decisión de cursarla.

Es la decepción respecto de nuestra propia palabra, de sus efectos de cambio producto de la escucha del otro.

Al modo del cuento de Franz Kafka, “ La denegación”, donde frente a cualquier argumento que expusiera el pueblo frente al gobernador para solicitar la autorización para una fiesta de celebración, **“estaba absolutamente garantido que esta solicitud iba a ser denegada”**.

Es la certeza interna, inconciente respecto del valor de nuestra propia palabra en el otro.

Palabra sin valor .

Significante vacío .

Palabra muda.

Fueron algunas de las trazas significantes le permitieron a Carlos encontrar las pistas de su síntoma.

Recuerda entonces, que un día en que jugaban al fútbol numerosos chicos de la población naval, a la edad más o menos de 11 años, en medio de la pasión de los equipos y adherentes se produjo uno de esos accidentes inevitables.

Algo así como que la pasión nos lleva muy lejos.

Muy lejos llegó en realidad el balón impulsado por un chico del equipo contrario al punto que golpeó desafortunadamente la baliza de una sirena instalada al borde del patio.

Era una de esas balizas de algún barco en desuso que instalada en un poste al modo de tótem o emblema por los marinos, debía ser sacralizada inútilmente por los niños.

Diríamos sin intención de ofender a nadie, otro de esos múltiples e inútiles fetiches navales.

Los chicos suspendieron el partido y desaparecieron en sus casas con la fugaz fantasía que nadie se percatase, o que si alguien lo hacía no le importase demasiado.

Las fantasías según Freud se generan para no cumplirse.

Cuando Carlos fue llamado por su padre para que “diera cuenta “ de lo ocurrido, al igual que la reina de corazones en “Alicia en el país de las maravillas” : ***primero fue la sentencia y después el juicio.***

Sólo que en este caso a mi entender se “perdió el juicio”, porque el padre de Carlos estableció primero un castigo para solicitar un descargo que nunca llegó, porque cuando Carlos se aprontaba apelar del castigo impuesto merced a que el no había sido el autor del destrozo que le imputaba, recibió un rotundo y categórica interpelación : ***“Calle”. “No hay nada que decir”.***

Esto seguido de la fatal sentencia que sepultó el último resabio de confianza que Carlos podía tener en su propia palabra: ***“Donde habla capitán calla el marinero”.***

A partir de allí nunca más Carlos pudo ser *capitán* de su propia palabra.

Nunca más pudo recobrar el valor ni en la palabra en *general*, ni en la suya propia.

En su análisis hablamos mucho de esto. Un analista no es un capitán. Es más, no tiene jerarquía. De tal modo que a partir de un trabajo lento y arduo, Carlos recordó muchas otras cosas que aludían a su silencio hasta que poco a poco descubrió que callar lo dejaba en un lugar impropio, el de un marinero frente a un tirano capitán.

Es así como epístolas mediante fue construyendo poco a poco un lugar donde las palabras de un hijo podían tener valor frente a un padre.

El la llamó palabra de hombre.

Al fin y al cabo una palabra Capital que no Capitán.

La misma que hoy lo acompaña en su oficio de chef donde se esmera por poner nombres simbólicos a los platos que prepara, lo que plasma en la escritura de una carta.

La de su propio menú.

Comentario

La historia y los casos aquí expuestos, muestran con claridad la incidencia de los afectos en las vivencias internas de los sujetos, lo que invita a estar más atento a aquellas dificultades que encontramos relativas al lenguaje en lo externo.

Muchos niños o adolescentes que presentan dificultades en estos aspectos a veces son diagnosticados demasiado prontamente y esto deviene en estigmatizaciones neurológicas que nunca tuvieron.

Otros adscriben dichas dificultades a técnicas de aprendizaje que tampoco aciertan con la profundidad del problema.

En la primera historia nos percatamos que el paso de lo concreto a lo simbólico a veces debe ser realizado a pesar de los maestros, que atravesados por sus propias dificultades no facilitan este pasaje del mejor modo. Es interesante resaltar como la ausencia de lo simbólico o el exceso de **concretismo va en contra de la flexibilidad propia de todo proceso creativo.**

En la primera viñeta nos podemos percatar como la ofensa significativa puede generar el efecto de una profecía generando un mutismo selectivo anclado en un trauma infantil.

El borramiento del sujeto portador de su palabra en los momentos de su desarrollo, donde esta es soporte de su autoestima, puede generar efectos catastróficos.

Ya tienen bastante los adolescentes con esto de no ser escuchados como para ser borrados en su insistencia. Los adolescentes que no son escuchados al menos saben que si insisten lo pueden lograr.

Difícil resultaba para el paciente descrito **sostener su insistencia ante tal profecía de inexistencia.**

¿Cuántos chicos no establecen un mutismo selectivo con algún maestro que no escucha o lo desvaloriza a tal punto en su decir que el alumno prefiera callar a decir?.

En la segunda viñeta creo que caben hoy día la mayor parte de los casos de escasa verbalización de los adolescentes.

Son las impulsiones, drogadicciones y alcoholismos adolescentes. También las anorexias-bulimias donde la falta de confianza en el significativo genera no sólo silencios o carencias de verbalización de sus angustias, sino también la predilección por in-expresarse por la vía de los hechos que intentan vanamente extinguir esa angustia innombrable.

“La con-fianza en el significativo se perdió la droga la mató”, puede erigirse como consigna en estos casos.

Los hechos tiene un valor que la palabra no logra mediatizar.

Maestros que no logran que los chicos hablen, escriban y lean, de seguro fracasarán en la tarea de sumergirlos en el baño inconmensurable de la lengua.

Del mismo modo como el cuento, la historia de Froschi nos puede rescatar de esa insuficiencia con la invitación a sumergirnos en esa vasta laguna de la metáfora.

Sea esto con las antiparras que proporciona el maestro o a pesar de las inadecuadas que usa al punto de hacerlo ciego a la magia de la palabra.

Finalmente le agradezco la posibilidad de la lectura de su libro que ha tocado muchos otros temas de los cuales hubiese sido oportuno hablar.

Decidí elegir los aquí expuestos talvez porque en algún punto una mágica y atávica vocación de su parte se filtró en mi inconciente, haciéndome recordar un cuento que por demasiados años no cesaba de no escribirse.

Por esa pequeña gran cosa,

Gracias

Alex Droppelmann Petrinovic, Abril 2006